

MEMORIA-EXPOSICIÓN

Dirigida al Excelentísimo Señor Ministro de Estado

Excelentísimo Señor:

Desde la emancipación de las feraces y extensas comarcas, que constituyeron un día nuestros envidiados dominios en el territorio americano, los gobiernos que se han sucedido en España no han dado un paso para establecer con sus antiguas colonias las relaciones cordiales que deben de existir entre miembros de una sola familia.

Largo por demás ha sido el período de nuestro resentimiento, fundado en un acto hasta cierto punto lógico, y a que concurrieron muchas circunstancias atenuantes, que debieron de inclinarnos a la indulgencia.

En efecto, no fue la aversión a la metrópoli el móvil principal que impulsó a aquellos pueblos a rechazar con las armas la dominación española, a pesar del profundo desdén con que a veces eran tratados, y la avaricia o terquedad de muchos gobernadores peninsulares, cuyo empeño era hacer odioso el nombre de la patria.

Sugestiones extrañas, manejos hábiles de pueblos codiciosos, que miraban con envidia nuestras ricas colonias, el ejemplo reciente de la mejor parte de la América inglesa, arrancada por Washington al dominio británico, y principalmente la desorganización en que nuestro país se hallaba, esquilmo por la invasión francesa, y abatido por la ingratitude y las crueldades de un déspota iracundo; todo contribuyó a que nuestros hijos se decidieran a buscar en su emancipación, quizás prematura, una libertad de que no siempre han sabido hacer un uso discreto.

Consumado el acto, y reconocida la autonomía de aquellas nacionalidades por los gobiernos europeos, la conducta de España debió ser desde un principio encaminada, no a enconar las heridas que en la lucha se habían causado los combatientes, sino a

cicatrizanlas con maternal benevolencia, y a formar vínculos nuevos de amistad y cariño, en lugar de los que habían sido relajados, o rotos, al separarse violentamente el hijo adulto, para crear una nueva familia.

Lejos de esto, el gobierno español, soñando con una reivindicación imposible, fuera, como soñaba, dentro, con oponer una barrera insuperable al torrente de las nuevas ideas, se encerró para con aquellos pueblos en una reserva, hija del rencor impotente, cortando con ellos toda clase de relaciones, y enajenándose cada vez más las escasas simpatías que allí nos había dejado la guerra.

Las demás naciones de Europa procuraban en tanto sustituir su influencia exótica a la nuestra natural y legítima; y, atizando de un modo más o menos directo la enemistad hacia la antigua metrópoli, celebraron tratados y crearon allí intereses contrarios a los nuestros, con los cuales nos será muy difícil luchar, aun después de restablecidas nuestras cordiales relaciones.

Mucho hubiéramos adelantado en el buen camino, si desde el reconocimiento oficial de su independencia por el gobierno español, hubiese hecho éste a lo menos algún esfuerzo, para conseguir tal propósito, pero desgraciadamente los hombres que han dominado nuestro país en la última época de gobierno representativo, salvo algún ligero paréntesis, no habían abrazado la buena causa más que en el nombre; se consumían en luchas estériles contra las manifestaciones de la opinión pública, que los rechazaba, y no podían, ni querían, pensar en tender la mano al través de los mares a nuestros hermanos, contagiados del, para ellos, terrible mal de la libertad política.

Aquellos pueblos vírgenes, que acababan de salir de una tutela rígida y penosa, que entraban en una nueva esfera de actividad para ellos desconocida, hubieran tomado de buena gana por guía y maestro, o a lo menos por consejero, para proseguir en la áspera senda que se habían trazado, a su antiguo tutor, si éste hubiera sabido convertirse a tiempo en desinteresado y leal amigo.

Nadie, como nosotros, pudo desde entonces satisfacer las necesidades que allí se creaban, porque nadie las conocía tan a fondo, como los que les habíamos dado, con nuestra sangre, nuestra religión, nuestra lengua y nuestras costumbres. Y, sin embargo, por un amor propio exagerado, por una dignidad mal entendida, consentimos en que llegase a ellos por manos extrañas lo que podíamos llevarles directamente, reportando un común beneficio.

Los productos de nuestro suelo, a que se hallaban acostumbrados; los de nuestra inteligencia, con que la de ellos se había nutrido, llegaban allí por camino extraño, y adulterados notablemente; porque el conductor de unos y otros tenía interés en desprestigiarnos.

España debía ser el cauce natural, por donde se dirigiese a aquellas regiones la gran corriente de las ideas regeneradoras del mundo antiguo, los adelantos en las ciencias y en las artes, y cuanto abarca la ancha esfera de la actividad humana.

En el comercio de las ideas, nosotros éramos los llamados a transmitirles cuantas se elaborasen en el hirviente cerebro de la Europa; y el libro y el periódico, escritos en su propia lengua, debían de ser el estrecho y continuo lazo que uniese en fraternal concordia a los hombres de un mismo origen al través del Atlántico. Pero los libros y los periódicos españoles tenían que franquear una barrera muy superior a la que les oponían las inmensas olas del Océano; y esa barrera, en mal hora levantada y con peor acuerdo sostenida, era la tirantez de nuestras relaciones y la poca importancia que hemos dado siempre a un asunto de interés tan vital para nuestra patria.

Ente tanto, los extranjeros, aprovechándose de tan criminal apatía, estampaban es sus prensas los productos de nuestro ingenio, y su comercio de libros españoles con los españoles de América ha llegado a ser de tal importancia, que sólo París y Bruselas exportan anualmente para aquellas regiones obras impresas por valor de muchos millones de francos, cuando la exportación española apenas llega a algunos centenares de escudos.

¿Y cuál es, mientras, la suerte de nuestros escritores; de los mismos que abastecen sin cesar ese comercio tan lucrativo, hecho a expensas de nuestro trabajo? ¡Harto sabida es por desgracia!

Mucha fe se necesita para escribir y publicar un libro en español, aquí, donde hay tan pocos lectores, sabiendo que, al día siguiente, un extraño se aprovechará del fruto de nuestras vigiliass, llevándolo a un mercado, español también, donde el autor o el primitivo editor no pueden hacerle competencia.

¡Y si fuera éste solo el mal que para nosotros resulta! Pero, tras de dar a conocer nuestras obras de una manera imperfecta, en aquellas que lo permiten muchas veces hasta el texto va adulterado, introduciendo en él frases y períodos que nos rebajan, por enaltecer a los mismos que se lucran con el producto de nuestra inteligencia; o, cuando menos, salen los libros plagados de errores, hijos de la ignorancia de nuestro idioma en los encargados de reproducirlos.

Por otra parte, siendo tan mezquino y ruin nuestro comercio de libros directo con la América española, ni allí se conoce, como debiera, nuestra literatura contemporánea, ni nosotros podemos apreciar aquí los adelantos científicos y literarios de nuestros hermanos de Ultramar que, por falta de cambio, quedan limitados a su propio suelo, porque los demás mercados de Europa casi no existen para sus producciones, por lo poco que en ellos se cultiva el idioma de Cervantes.

España acaba de entrar en una nueva era: política y moralmente regenerada, no puede mirar con indiferencia asunto de tal importancia. Con nuestra resurrección gloriosa a la vida de la libertad y del progreso, no han podido menos de avivarse las simpatías de los que en el Nuevo Mundo suspiran aún por nuestra amistad, porque hablan nuestra lengua, porque llevan nuestros nombres, porque sienten latir en sus venas nuestra misma sangre. Nunca se puede presentar ocasión más propicia, para estrechar nuestras relaciones con aquellas repúblicas, formadas por nuestros hermanos; nunca mejor pueden celebrarse con ellas tratados literarios y de comercio, que liguen de una

manera estable nuestros intereses, que abran nuevos horizontes a nuestra abatida literatura, que maten el monopolio que a nuestra costa hacen allí los extranjeros.

Si recientes luchas han entibiado en algunas comarcas el cariño fraternal, que en su mayoría profesaron siempre a la patria común de nuestros abuelos, nuestra paternal solicitud borrará pronto la huella dolorosa de los últimos acontecimientos. Nunca es más grande el poderoso, que cuando tiende con generosidad al más débil la mano cariñosa del amigo.

Hubo un tiempo en que nuestro orgullo consistía en decir, que jamás dejaba de alumbrar el sol en los dominios españoles; hoy debemos aspirar a la realización más bella de esa frase, no por el derecho de la fuerza, sino por los vínculos de fraternidad y amor entre pueblos que tienen un mismo origen, una misma civilización y unas mismas aspiraciones.

Si esto no se verifica pronto; si la raza hispano-americana no se une entre sí y con su antigua metrópoli por el estrecho lazo de una amistad franca y sincera, su suerte es la de ser absorbida, más o menos tarde, por el coloso del norte, que, aprovechándose de nuestras discordias, tiende ya hacia el sur su codiciosa mirada.

El pensamiento de unificar en lo posible los intereses españoles en Europa y América, bajo el punto de vista del interés de raza, no puede ser más patriótico ni más oportuno. Los medios no son difíciles para la España actual, como lo fueron para la España retrógrada. Considere el Gobierno, en cuyas manos están los destinos de una revolución, llamada a ser de portentosas trascendencias, la inmensidad de los intereses que en esta cuestión se debaten. ¿Renunciará a la gloria, que ha de caberle, en dar los primeros pasos hacia la realización de tan alta empresa?